

Discurso pronunciado en el Centro Argentino de Ingenieros

POR EL

Ing. Rodolfo Martínez

Rector de la Universidad Nacional de Córdoba

27 de agosto de 1942

Cuando vuestro presidente y mi particular amigo me invitara a esta cordial demostración, pensé que su palabra elocuente y generosa sería intérprete de vuestra bondad tan excesiva y sincera.

Pero debo confesaros que nunca me fué más difícil preparar una respuesta; es que, como se ha dicho con verdad, la gratitud no es elocuente, ella nos predispone más al recogimiento que a la expansión. Por eso estas líneas resultarán forjadas como a golpes sobre el yunque de sentidas emociones, como a golpes que fuera asestando el corazón en el propio espíritu, para moldear sin arte la amistosa expresión de su ofrenda.

Pero me consuela el pensar que también en la plata vieja y en el hierro de forja nos gusta ver cómo el martillo ha herido el metal y sus rastros que señalan trabajo le dan valor, y así se materializa una idea o un sentimiento, y se tornan perdurables.

Queréis honrarme por el éxito de algo que es vuestro, por la participación que he tenido en el Tercer Congreso de Ingeniería; la obra de todos los ingenieros argentinos, a la que prestara impulso extraordinario el señor Presidente de la Unión Argentina de Asociaciones de Ingenieros y organizara con entusiasmo y con fervor José Benjamín Barros, para no nombrar sino a aquellos que tuvieron los comandos, y nuestro decano que nos dió la

Casa y su persona, las comisiones que estudiaron, los que mandaron los resultados de su esfuerzo en trabajos de mérito; mientras a mí tocó en suerte recibir honores allí, y aquí la expresión de vuestra generosidad.

Pero, habéis de observarlo, el espíritu humano, con un poco de ligereza, se tienta de señalar como propio lo que en realidad nos pertenece en mérito de dignidad ajena, y ya lo habéis visto recibiendo yo en homenaje personal, lo que es en realidad un tributo de respeto a quien se lo merece todo: la Universidad de Fray Fernando.

No he de hablaros de ella en su pasado glorioso; he dicho alguna vez, "las rocas envejecen porque no se suceden en ansias y perfeccionamiento"; más permanentes que los hechos que pasan y que los recuerdos que quedan, son las fundaciones espirituales por excelencia, en que el hombre, olvidando su individualidad, entrega a su sucesión en el tiempo y a los que le sigan, la tarea suprema de enseñar y aprender. Construcciones que pueden ser eternas porque siempre tras "el invierno de los maestros que se van, aparecen como floración de primavera las juventudes de los nuevos que llegan; vocación suprema porque es la de conducción de las almas, según la frase de Darío; obra del pensamiento por encima de los tiempos y de las heredades, comunidad de la inteligencia y aproximación de las generaciones por su mejor conocimiento; verdaderas ciudades de las almas con blasones de desinteresadas virtudes; únicas creaciones que llevan en sí, con la nobleza originaria que las distingue, algo de la esencia eterna de los espíritus".

Es por eso que la Universidad no ha podido detenerse en su marcha y a los nuevos problemas ha debido afrontarlos con nuevos procedimientos y sistemas; el pasado crea responsabilidad y el futuro reclama horizontes. El presente ha de tener el signo de la marcha fecunda.

Yo no sé si tengo derecho en esta fiesta de la amistad, de ahondar en cosas ajenas a las expansiones del corazón y al ritual de la cortesía, pero también comprendo que es responsabilidad grande hablar ante vosotros y que es deber inexcusable reparar

en obligaciones, cuando el drama del mundo nos golpea y nos abruma, pues cada vez, como decía Jules Romain, "que nos sentimos tentados de apartar de él nuestra atención, vuelve a atraerla hacia sí brutalmente por una peripecia, de gran estilo".

Y es que también es fuerza que da sello a la existencia del hombre, que las alegrías se mezclen con los dolores ajenos o propios, como lo es igualmente que el sentido de la obligación se empeñe en estar a nuestro lado; así ha de correr la vida, confusamente, como esas aguas, decía Sáenz Peña, que vienen de la montaña, arrastrando las arcillas de que fuimos formados, o depositándola a lo largo del camino para volverlas transparentes y diáfanas como las lágrimas del dolor humano.

Ha de ser, señores, probanza de sabidurías si sabemos con el limo fertilizar la propia heredad y si sacamos lección de experiencia con el salobre gustar del sufrimiento.

El problema es de guerra aún para los que no estamos en ella, el problema será luego de paz para el mundo entero. Serán asuntos de la riqueza, de la industria, del desarrollo económico, y serán asuntos de la vida espiritual vinculados al destino del hombre y al porvenir de la República. Son y serán asuntos de la Patria misma.

Imaginad, pues, si las universidades deberán tener misión, si tienen misión, cuando se trata de tan graves cosas y que nos afectan tan hondo.

Las nuevas soluciones vendrán de un mejor conocimiento de nuestras posibilidades y ellas no pueden obtenerse en forma más completa que en los institutos y laboratorios; en ellos han de buscarse los sustitutos de lo que traemos de fuera y la aplicación de lo que tenemos dentro. La vida industrial y la experimentación investigadora por los establecimientos de alta cultura deben tener una mayor y más solidaria intimidad; en planos distintos, es necesario sin embargo su complemento para un mejor servicio del país y una más completa utilidad de su riqueza.

Nuestra profesión en sus diversos aspectos es la llamada en estos momentos a marchar a la vanguardia; el gobierno es cada vez más técnico en la multiplicidad de los problemas que a diario

se presentan y la racionalización del esfuerzo individual o colectivo se torna imprescindible, a medida que la eficiencia se vuelve condición necesaria para el éxito fecundo de toda empresa.

Crear el investigador no es cosa fácil; él resulta fruto del medio, de las necesidades que apremian, de los recursos, de una inclinación natural y de esa luz interior que le permite alumbrar el misterio, el mismo misterio que la caravana común pasó sin rozar, segura en su sombra y sin la inquietud de la duda. Estos, por el contrario, parecerían portadores de ese impulso original, de ese empuje interior de que nos habla Bergson en su "Evolución Creadora", "capaz de llevar a la vida por formas cada vez más complejas hacia destinos cada vez más altos".

Pero debemos hacer lo que está en nuestro deber para crear el ambiente y facilitar los recursos.

No han de ser sólo, sin embargo, soluciones que nos traigan tranquilidad económica. Las universidades han de formar al hombre que interesa más en la plenitud de su dignidad espiritual que la riqueza del suelo que habita. Ellos harán con sus virtudes la fortaleza de la Patria, porque como señala con acierto Ramiro de Maeztu, "la Historia Universal nos dice que las naciones se engrandecen por acumulaciones sucesivas de acciones valiosas, que aumentan su valor original, pero que disminuyen y se disipan con las ruindades colectivas y los vicios individuales".

Las fuerzas y las cosas han de ser mandadas por quien tiene la suprema jerarquía, por el hombre, cuya libertad es blasón de linaje porque lo acerca a Dios.

Ella es potencia moral porque crea el sentido de la responsabilidad y ésta ha de acentuarse y comprenderse en forma más amplia como fruto de la cultura superior. Hondo arraigo que nos haga amar lo nuestro, con la verdadera preocupación al mismo tiempo por asimilar lo extraño que sea capaz de perfeccionarnos. Mantener la integridad de nuestro ser para no resultar juguete de los vientos, ni hoja al capricho de la tempestad.

Y no ha de entenderse este culto por lo propio como cerco adusto de excesiva desconfianza; por el contrario, han de abrirse las almas en solidaria cordialidad para quienes tienen con nosotros

la común ascendencia en la raza o en la epopeya, o en el mismo culto a los más sagrados valores humanos, estructurados en las mismas reglas políticas de nuestra vida nacional.

“El instinto del ideal es inevitable en toda agrupación que se civiliza y cultiva el entendimiento; sus formas se vuelven más puras, sus conceptos del arte más luminosos”, ha escrito el celebrado autor de la Tradición Nacional; imaginad, señores, si podrán faltar nobles ideales en los que consagran su vida precisamente a enriquecer el entendimiento. Pero también se ha dicho por Henri Poincaré, con autoridad de sabio: “La moral y la ciencia tienen sus dominios peculiares que se tocan, pero que no se confunden”. Ha de ser indispensable, pues, que ambas constituyan preocupación, severa preocupación de los que enseñan para ser lección y ejemplo de los que aprenden. Lecciones en el aula y en la vida, más fácil en la primera donde el maestro es escuchado sin réplica, que en la segunda donde exhiben su disconformidad los intereses, a veces con deliciosa sonoridad, a veces con exigencia amistosa, muchas con imperio de necesidades, algunas levantando la voz como un mandato, o tornándola apremiante con la angustia de la súplica.

Imaginad, pues, si abarcando panorama tan vasto, la severa responsabilidad no ha de acrecentarse al valorarla en sus exactas dimensiones, y si el esfuerzo no ha de sentir motivos en el solo conocimiento de las propias obligaciones para servir a la República en la medida de su reclamo y a la Universidad en la extensión de sus nobles exigencias. Allí tenéis, también, en síntesis, la muy legítima razón de que yo como vosotros, hubiéramos puesto tan grande empeño en el éxito de la Asamblea, que afrontaba problemas del país, que insinuaba remedios o propiciaba soluciones. Allí donde nos reunimos para ocuparnos sin egoísmos de cosas que estaban por encima de nuestro interés personal en una muy real preocupación de patrióticos anhelos, yo creo que los espíritus que iluminaron la vieja Casa se han asomado a sus claustros y han mirado con emoción y de vuelta a la inmortalidad se han sentido satisfechos.

Dura tarea nos ha tocado en suerte a los hombres que vivi-

mos estas horas de angustia en que el mundo camina; la patria que va completando su fisonomía espiritual en la renovada labor de las generaciones que pasan, exige de la nuestra el afrontar la tragedia; de cómo salgamos en la marcha futura habrá de señalarse nuestra acción por un ascenso en el prestigio moral de la República o por una disminución de sus energías creadoras.

Unidad en los espíritus, fe en las instituciones que se amoldan a nuestras modalidades y son fruto de las enseñanzas de nuestra historia, respeto profundo a la dignidad humana, y no olvidemos nunca las palabras de Lamennais: "La justicia es la cosecha de los pueblos y la libertad es su gloria y su descanso".

No por inadvertencia, señores, han tomado mis palabras el camino espinoso de graves reflexiones, que conducen de la incertidumbre a la esperanza; ni ha sido la holgura en que me pone vuestra cordialidad probada, la que legitimara mi incursión por amadas excelencias, que alentando previenen de aquellas caídas en que termina tantas veces la ilusión del hombre, cual sangrante muñón de sus alas fracasadas. Es el deber que clama a la conciencia alerta, incitando siempre a golpear en la dura roca del silencio interior, para que en premio a la afanosa brega, Dios nos mande, como a Moisés, el agua bienhechora de intuiciones profundas, la calma merecida de las grandes revelaciones, la penetración azorada e inefable a la difícil comarca donde reposa el misterio.

Por eso, y porque creo con Teodoro Haeckel que la "dignidad y el relieve del hombre está en su pensamiento" y porque "hay que estar serio unas veces y otras dejarse emocionar, como la madera, de la que sale lo mismo el arco del guerrero que el laúd del cantor", según el galano dicho del poeta árabe, y porque es mucha la jerarquía que significa vuestra presencia, como es mucha y amiga la largueza de vuestra magnanimidad, quiero poner en mis palabras, junto al enunciado de meditadas convicciones y de antiguas inquietudes, toda la lozanía de cálidos afectos, nacidos al estímulo de ideales comunes y fecundados por el compartido empeño de jornadas memorables, para que inteligencia y corazón os brinden en la síntesis estrecha, un testimonio de los afa-

nes que llenan mi vida, cuyo más delicado y exquisito contenido, emocionadamente, os ofrecí.

Por virtud de vuestra benevolencia, junto al imperio del deber, habéis encendido en mí la fortaleza de nobles sentimientos, que ayudarán a estimular la marcha y a empujar, como propicios vientos, la débil barca en su azoroso viaje.

En gratitud por ello, sea para vosotros todo el calor de mi más hondo reconocimiento.

Así como Sócrates, en final inigualado, dijera en el Cenáculo de Agatón: "Considera Fedro, este discurso como un elogio al amor, si lo quieres llamar así, o llámalo si quieres de otra manera", así yo os digo, en este cenáculo de la generosidad libérrima: considerad señores mis palabras como un homenaje a la amistad, si queréis llamarlas así, o llamadlas si queréis de cualquier modo.